

comentarios del simpático *Berceo*, del poema de *Alexandre*, etc., etc.!

Por hoy tengo que concluir dando la más cordial enhorabuena al querido amigo y condiscípulo por este *prólogo* que basta, por lo que hace vislumbrar, para sugerir aficiones de filología poética al *modernista* más enamorado de lo flamante y sin historia. Cuando el tercer tomo de la *Antología* se publique, y ojalá sea pronto, examinaré de modo menos incompleto el gran trabajo que está realizando el profesor ilustre de Historia crítica de la Literatura Española.



REVISTA LITERARIA

Resumen. — Balance. — Alarcón. — Coloma. — El año literario. — La novela. — Otros géneros. — Advertencia. — *Ángel Guerra*. — La cantidad y la duración. — Lo que da unidad al libro de Galdós. — Psicología y Lógica.

GERMINADO lo que puede llamarse el año literario, que en cierto modo viene á coincidir con el económico, cabe echar ya la cuenta de lo que hemos ido ganando, al paso que se deja en piadoso olvido lo que hemos ido perdiendo. Aunque, mejor pensado, la piedad exige recordar antes que nada una pérdida de las más dolorosas que cabe imaginar, tratándose de literatura española contemporánea; hemos perdido á Alarcón, y con él un manantial de belleza de singular sabor, que no se ha de buscar en otra parte. Porque habrá quien le iguale, hasta quien le *sobre*, como decían antiguamente; pero se acabó para siempre un modo de originalidad; no se gozará más cierta clase de emociones que producían las novelas de este glo-

rioso ingenio andaluz, que, cuando acertaba, acertaba tan de veras.

No falta quien se consuele pensando, ó por lo menos diciendo, que si hemos perdido á Alarcón, hemos adquirido á Coloma. Yo admito al simpático jesuíta como una esperanza; pero ¡lo que va de una esperanza á un maestro! Alarcón era un artista seguro, una imaginación riquísima; el Padre Coloma es un observador de talento, que ya veremos si acaba por ser artista, á pesar de los actuales límites de su imaginación. Antes de continuar hablando de esto, y para salir al paso á la malicia, necesito decir que yo sólo debo al P. Coloma buenas ausencias. En una carta que este señor escribía á un amigo hace años, le hablaba en términos muy lisonjeros para mí de cierta novela que tuve la debilidad de dar á luz (1). Los elogios del famoso jesuíta me supieron tanto mejor, cuanto que eran en absoluto desinteresados; no podía él sospechar que tales alabanzas llegaran á mi noticia. Por vanidad y agradecimiento, me he inclinado siempre á ver el mérito del autor de *Pequeñeces*; digo que se me inclinaba ó inclina el ánimo á ver ese mérito, pero sin llegar á la alucinación; de suerte que si leí con agrado las buenas cosas que contiene su famosa novela (2), como no me había

(1) *La Regenta*.

(2) *Pequeñeces*.

propuesto *à priori* proclamarle gran novelista, pude notar, aunque sintiéndolo, los muchos defectos del autor, como autor, y los del libro. Y esto, á pesar de que la simpatía que me inspiraba el valiente Padre había crecido al verle luchar con tanta franqueza y energía en pro de la moral austera. Me parecía muy bien que, sin miramientos, atacase el vicio de las catorce señoras malas. Poco importaba que en su estadística sólo hubiera catorce pécoras, pues como su obra pudiera servir para escarmiento de esas catorce que él conocía, de igual provecho cabía que fuese para las docenas y docenas con que el regular valeroso no había contado.

Mas con todo este peso que en mi corazón y voluntad había á favor del jesuíta, no llegué á reconocer en él aquel portento de que me hablaban aunque tampoco juzgué legítima la reacción, algo artificial, que entre gente *del oficio* y entre *liberales á su manera* cundía, para deshacer el efecto mágico producido en el vulgo por *Pequeñeces* y sus heraldos. Cierto que no faltaba quien elogiase tanto á Coloma

más

porque tenga envidia Bras
que por dársela á Teresa,

ni quien soplara con todas sus fuerzas en las trompas de la fama por lucir los pulmones y la influen-

cia crítica; cierto también que, fuera de tres ó cuatro rasgos, nada hablaba en *Pequeñeces* del verdadero arte, de la delicadeza y la poesía que eran del caso, dado el asunto de algunos pasajes; pero ni aun siendo así, había motivo para despreciar al que presentaba su ensayo novelesco, tal vez con pretensiones bien modestas. No; no todo se debía á condiciones y circunstancias ajenas por completo á la literatura; en *Pequeñeces* había algo digno de llamar la atención; sobre todo, como promesa de futuras perfecciones. De mí puedo decir que si al leer yo este libro no hubiera existido aquella atmósfera artificial de admiración y escándalo, hubiera dicho á mis lectores esto, en resumen: «Señores: entre los muchos que ensayan ahora en España el género novelesco, merece fijar las miradas de la crítica un jesuíta que demuestra talento, perspicacia, intención; que llegará tal vez á aprovechar artísticamente el *documento* humano, aunque por ahora, ni sabe escribir bien, ni sabe componer. El segundo capítulo de *Pequeñeces*, es decir, la presentación de Currita Albornoz, es cosa digna de un maestro; y en lo demás de la novela, acá y allá, á grandes distancias, hay algunos rasgos primorosos. Lo demás, lo más, es opaco, frío, inútil, desmañado, y por ello no me atrevo á anunciar con seguridad un novelista más, de los buenos.»

Sea como quiera, por mucho que el P. Coloma pueda valer con el tiempo, y aunque ya valga no poco, es claro que la novela española, en lo que toca al *personal*, más ha perdido que ganado este año perdiendo á Alarcón y adquiriendo al autor de *Pequeñeces*.

—
Pero en cuanto á obras dignas de atención, el género de que hablo se ha enriquecido bastante en estos doce meses. Pereda nos dió *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, novela en dos tomos esta última, publicada con lujo y esmero por la casa Enrich y Compañía, sucesores de Ramírez, en Barcelona. Los mismos editores, también en edición ilustrada y en dos tomos, publicaron *La Espuma*, de Armando Palacio, novela que simultáneamente se ponía á la venta en Londres y Nueva York, en inglés. En cuanto á Pérez Galdós, durante el año literario nos dió los tres tomos de su *Angel Guerra*. De *Nubes de estío* yo no he de decir ya nada, porque muy latamente expuse á su tiempo mi opinión acerca de este libro; de *Al primer vuelo* y *La Espuma* pienso hablar según mi leal saber y entender; mas no hoy, porque me faltará espacio.

En este artículo ya no lo habrá para más novelas que *Angel Guerra*, que acabo de leer; y aun de este libro tendré que tratar con menos detenimiento que merece.

En cuanto á los demás géneros, fuera del dramático que produjo durante el año *Un crítico incipiente*, de Echegaray, yo no recuerdo que hayan dado de sí, en el término á que me concreto, cosa digna de mención, como no sea algunos versos de pocas pretensiones de Campoamor y unas cuantas poesías hermosísimas de Balart. Ya sé que sinceramente unos, á regañadientes otros, y por gusto de llevar *la contraria*, críticos notables han aplaudido más ó menos cierto libro de vulgaridades pseudopoéticas del Sr. Ferrari, uno de los vates que el mal gusto predominante se empeña en hacernos tomar por buenos. Pero yo no cuento entre las producciones dignas de mención la del simpático escritor de quien hablo, porque, aunque sintiéndolo infinito, le creo desprovisto por completo de cualidades artísticas. Creo haber demostrado que su *Pedro Abelardo* es un tejido de vulgaridades y desatinos, y sostengo aquí y donde quiera, que no tiene verdadero gusto, ni sabe lo que es verdadera poesía y lo que es la forma poética castellana el que alabe á Ferrari como poeta. Y más diré; que así se llamen Castelar, ó Balart, los que publiquen tales elogios, afirmo que no dicen lo que sienten, ó no sienten lo que deben. Porque el Sr. Castelar, verbigracia, es para mí casi sagrado.....; pero es mucho más sagrada la poesía; la poesía que veo en las obras de Castelar, en sus discursos princi-

palmente, y que veo en los versos de Balart, pero que no veo en las inocentes vulgaridades y tautologías del Sr. Ferrari, que es tan poeta como cualquiera de esos cuatrocientos jóvenes que publican *Ensayos, Ecos, Penumbras*, etc., sin que nadie haga caso de ellos.

Sería injusticia olvidar que en el año de que trato la literatura crítica ha visto crecer su caudal con una publicación que, bien ó mal ideada, es de mérito y de utilidad indudable; me refiero al *Nuevo teatro crítico* de doña Emilia Pardo Bazán. No puede decirse lo mismo de los malhadados *Acontecimientos literarios* del infatigable y muy estudioso ingeniero Sr. Palau, el cual, si efectivamente se propone servir á su patria, lo mejor que puede hacer es dejar que *acontezca* en la literatura lo que Dios quisiere, y dedicarse á las tareas propias de su profesión, tan honrosa como la de las letras y generalmente más lucrativa. El Sr. Palau es una persona excelente; escribió en su juventud algunos cantares muy bonitos, y es un hombre de mucha instrucción; pero no tiene gusto; en vez de criterio usa una bondad, más diré, un candor que puede servirle para ganar amigos, mas no para mejorar la cultura artística de este país, que creo que sinceramente ama. Pues, por eso, porque creo que es patriota verdadero, le aconsejo que suspenda indefinidamente los... *Acontecimientos*. Supongamos

que *aquí no ha pasado nada*. — Y ahora vamos á *Angel Guerra*.

—
 Pero no. No vamos todavía. Vaya antes una advertencia respecto del tono empleado en algo de lo dicho más arriba. Por poco arte que se me suponga en el manejo de la pluma, se debe creer que, aunque sólo fuera por el aprendizaje de tantos años, podría yo emplear ciertos eufemismos y perífrasis para dar mi opinión desengañada tocante á ciertos autores y obras; es más, en otras ocasiones he sabido también andarme con circunloquios y repulgos de empanada. De modo que si tan crudo van ciertas apreciaciones, es con toda intención y por ejercicio higiénico. Por mi gusto no tendría más que amigos; y para esto lo mejor sería aprovechar el poco crédito que mi opinión pueda tener en repartir diplomas de talento á cuantos lo solicitaren. Pero no puede ser; no debe ser. Si hay todavía quien repita que yo soy *duro* por llamar la atención, creo que el tal va más lejos que mi modestia tiene obligación de ir en el tenerme en poco. Yo, que no aspiro ni aspiraré jamás á ser académico, ¿no puedo aspirar á escribir ya sin el propósito predominante de llamar la atención? Lo que hay es que tomo completamente en serio la literatura, y que no puedo seguir en sus desdenes á esos hombres de Estado, filósofos, etc., etc., que

creen pecado venial alabar en letras de molde lo que en un corrillo de personas de cierto gusto se desprecia, como es natural que se desprecie. Mi manera de entender estas cosas tiene una sanción muy respetable: la del público. No creo que por más mérito que el de mi franqueza busquen mi colaboración periódicos como *El Imparcial* y *La Correspondencia*, los de más lectores en España. Diarios como estos no admitirían un género de crítica que el público rechazara; luego, por lo menos, mi modo de tratar á los autores que juzgo malos es uno de los que se admiten. Y como yo creo que hace falta, por eso sigo como siempre, pese á todos los anónimos y á todas las conspiraciones del silencio y del escándalo que contra mí quieran emplear las almas viles.

—
 Decía Michelet, hablando de la robustez intelectual que debía á los clásicos: *Je fus preservé du roman*. Lo cierto es que, sin ir tan lejos, y sin pensar que las novelas son como las setas, según decía el santo, este género de literatura tiene sus peligros para autores y lectores; y si es verdad que puede hacer mucho bien, también cabe que produzca mucho mal, como le sucede al periodismo, que es todo luz, menos cuando es todo tinieblas. No es renegar ni del periodismo ni de la novela decir que por lo mismo que tanto valen y tanto

importan en la vida moderna, debieran ser objeto de muy reflexionada selección. Debiera haber muchos menos periódicos... y, sobre todo, muchas menos novelas. La novela, en la vida contemporánea de los pueblos más adelantados, viene á ser un afeminamiento. En Inglaterra, en Italia, en Alemania, y aun en Francia, hay multitud de mujeres que escriben novelas; casi, casi se van repartiendo el género por igual con el hombre (1). No hay por qué renegar de lo mucho que tiene el arte de femenino. No está mal sentirse en el alma un *poco hembra*, siempre que en alma y cuerpo haya garantías sólidas de no llegar á un desequilibrio de facultades: más diré, todo hombre algo poeta debe sentirse un poco *Periquito entre ellas...*; pero siempre será verdad que el afeminamiento es un peligro. Se cuenta que los romanos de la decadencia se vestían de mujer.

Tal vez un gran novelista es un grande hombre... que si fuera más varonil sería un grande hombre... de acción. No, no cabe ocultarlo: la mucha novela, que es un signo del tiempo, es también un peligro y hasta un síntoma del mal del siglo. Pero dejando ahora la patología social, la novela, por su tendencia prolífica, por su semejan-

(1) Un crítico francés decía ha poco, hablando de la novela contemporánea, que en algunos países, como Inglaterra, el literato iba poco á poco abandonando este género á las damas.

za á los gases en lo expansiva, por lo de parecerse al campo en no tener puertas, ofrece grandes peligros también desde el punto de vista meramente literario. Es el único género (no siendo el histórico y otros de los bello-útiles) que puede llegar sin ser absurdo á los tres y cuatro tomos. Tamañas dimensiones son lo que más compromete al arte novelesco actual en sus pretensiones de vida futura. Así como la arquitectura ojival y la árabe suelen tener una interesante deficiencia en lo mal que luchan con el tiempo; así como la Alhambra y la catedral de León son dos interesantísimas tísicas, la *novela larga* que se usa nos habla con sus capítulos y más capítulos del olvido en que tendrá que caer, relativamente, á poco que apure la necesaria selección que traen los siglos. Lo corto, ó por lo menos, lo no demasiado largo, tiene ciertas garantías de solidez que en la *arquitectura espiritual* de la literatura contribuye á la nota de lo clásico. Tal vez griegos y romanos deben algo de su excelente concisión á la dificultad de la escritura material en su tiempo y á la escasez de los medios. El papiro solía faltar casi por completo en algunas épocas. Acaso nuestra literatura, y la novela particularmente, ganaran hoy algo con una huelga de fabricantes de papel.

Si hubiera que escribir con la economía que revelan los palimpsestos, originada por la penuria

á que me refería, tal vez nuestros mejores novelistas pudieran hacer la competencia, en punto á resistir la corrosiva acción de los años, á los autores clásicos. Sí, pierden algo de lo poético, de lo artístico, de lo sólidamente arquitectónico, las obras literarias que llenan volúmenes y volúmenes. No desdeñaré yo, como Platón, lo que no puede aprenderse de memoria. Según el filósofo, los medios de conservar, sin guardarlo en el cerebro, lo pensado y aprendido, dieron nacimiento á la pedertería. Mucho hay de eso. Pero al fin no hubo más remedio que inventar la escritura. Mas una vez inventada, no debe abusarse de ella, y menos siendo un artista verdadero. Cuando yo celebro una de estas *epopeyas modernas* en prosa realista, que son las grandes novelas, y digo, por ejemplo, que disputan el mérito á los libros clásicos, lo digo con ciertos remordimientos de inexactitud. Es muy posible que por culpa de la pícara cantidad nuestros nietos sepan más de literatura griega y latina que de la que hoy llamamos contemporánea...

El mayor defecto de *Angel Guerra* es la prolijidad. No es que el autor hable por hablar, eso nunca; pero aunque todo sea sustancia, la novela es muy larga, y la sustancia no toda es necesaria. Aunque el último libro de Galdós vale mucho y debiera llamar más la atención, no merece, en

cierto modo, tanta admiración como otros suyos, por más que en algún respecto acaso á todos los aventaje. Para la *psicología* del ingenio y del carácter del autor, en los estudios que se llegarán á hacer de las ideas de este novelista, *Angel Guerra* será de los más importantes documentos. Pero en cuanto novela que se entrega á un público que más entiende, por instinto, de proporciones que de honduras espirituales, *Angel Guerra* no puede competir con *Gloria*, *Marianela*, *Doña Perfecta*, etcétera, etc. ¿Es que están echados allí á granel aquella multitud de episodios en que entran la mayor parte de los vecinos de Toledo y no pocos transeuntes? No; á todos da unidad la idea del protagonista.

Angel Guerra es un espiritualista que vive fuera de sí; su ideal no está en él, está en Leré, su amor y la religiosidad que este ideal engendra no es un verdadero misticismo, sino que necesita el alimento del símbolo vivo, la obra nueva. La *psicología* de Guerra no se estudia dentro de él principalmente, sino en el mundo que le rodea. Por eso tienen tanta importancia en esta novela las calles y callejuelas de Toledo, los tabiques y ladrillos más ó menos mudejares, las capillas de la catedral, las iglesias de monjas y las desgracias y lacerías de los miserables. Sí; toda aquella multitud de digresiones descriptivas y narrativas se explica

y guarda su orden...; pero el lector se cansa *quand meme* en los pasajes en que Galdós no está inspirado. Son los menos, pero aún son muchos. Los inspirados son muchísimos. Y entre unos y otros hacen una infinidad. La Sra. Pardo Bazán, en una crítica que recuerda los mejores tiempos de esta escritora, se queja, con razón, de que la multitud de episodios en que Angel y Leré no están directa é inmediatamente interesados, nos impiden seguir la acción principal, las relaciones de los personajes del primer término, con la constancia que quisiéramos. Es verdad. El núcleo de la novela es el amor de Guerra por Leré y lo que Leré siente por Guerra; y de esto se habla poco, relativamente, y á saltos, interrumpiendo lo *principal* con lástimas y arquitectura. Se comprende que el lector se fatigue, ó, mejor dicho, se impaciente; pero no podía ser de otra manera si se había de respetar la verdad, y particularmente la lógica.

Se trata de un asunto espiritual..., exteriorizado, en que la psicología se ve principalmente en las consecuencias de los actos; y tenía que ser así, siendo quien son Leré y su amador. Guerra es un *hombre de acción*, y Leré una santa de acción, casi casi mecánica; sí, mecánica, en cuanto lo más de su virtud, y acaso toda su fe, son obra de la *herencia*. La santidad de Leré, que es oro de ley, tiene esa prosa, esa frialdad, esa falta de sentimen-

talismo que un pedagogo italiano advierte en los catecismos de las escuelas. A Leré la *psicología* se la da hecha la Iglesia. Las ternuras recónditas, que son tal vez compatibles con esta bondad mecánica de temperamento, de herencia, el autor no nos las muestra, tal vez porque su observación no tiene datos para escudriñar tales regiones. Sólo dos veces Leré deja de parecer el *ser astral* de que habla la señora Pardo Bazán (copio el epíteto sin admitir la idea), cuando se despide en Madrid (tomo primero) de su amo, y después, en su alcoba, piensa en su resolución; y cuando, al final del libro, ve morir á Guerra. En esta especie de pudoroso misterio del alma de Leré, Galdós ha empleado mucho tacto; pues dado el tipo y dado el propósito del novelista, no cabían honduras ni *indiscreciones* psicológicas, por lo que se refiere á Lorenza.

Menos cabían por lo que toca á Guerra. Angel Guerra, sin ser vulgar, siendo en cierto modo hasta hombre superior (lo es en la relación moral, en idea y en parte en conducta), no es hombre de muchas *psicologías* tampoco. Tiene algo de poeta, de filósofo, de sociólogo; pero en nada de esto es *lírico*; tiene el carácter y las tendencias que también predominan en Galdós, que es lo menos *lírico* que puede ser un gran artista. Galdós, que tal vez empezó á leer (con orden y profunda reflexión quiero decir) á los filósofos, cuando ya él era hom-

bre maduro, ni en sus lecturas, ni, sobre todo, en sus meditaciones, debe de haber pasado muchas veces de la filosofía de aplicación, de la que importa para vivir en la esfera de las cosas ordinarias.

Galdós pertenece con toda su alma á la tendencia realista moderna, que parece enseñoreada del mundo, hasta el de las más altas inteligencias; cuando es pensador, lo es á la inglesa; no le gusta la especulación por la especulación, y así lo ha declarado indirectamente en sus libros varias veces. Pues Guerra es lo mismo; sin dejar de ser soñador, amigo de la abstracción melancólica, como lo es también Galdós, el revolucionario arrepentido necesita para alimento de sus ensueños lo relativo, casi se diría lo tangible. Así, su conversión á la fe, hasta donde se puede llamar conversión, se debe á una ocasión accidental, y tiene su apoyo en un amor humano y en rigor nada místico. Renan nos describe los amores de un religioso y una religiosa, allá de los siglos medios, en un país del Norte, y se llega á ver la posibilidad y verosimilitud de un cariño puro, desinteresado y realmente místico, sin dejar de ser ayudado por simpatía carnal, en el sentido más noble de la palabra. Pues el amor de Guerra, pese á las apariencias, no es por este estilo. Después de no llegar á la religiosidad por hondas meditaciones de metafísica, ni por una de

esas crisis de sentimiento que en la vida de un espíritu noble y reflexivo nacen sin necesidad de accidentes trascendentales; después de llegar á la religiosidad por sugestión de una mujer hermosa y pura, Guerra jamás consagra su alma á la idealidad neta, y se declara á sí propio convertido, sin que se vea en él la lucha principal: la de la razón.

Se convierte como un hombre de mundo, y dando á sus creencias exclusivamente el sesgo moral y estético de cualquier espíritu irreflexivo, desengañado de los fenómenos desordenados de la vida vulgar y azarosa. Angel Guerra quiere *decir misa*; se deja guiar por clérigos discretos, pero mucho menos que almas superiores; se entretiene con la parte externa de la religión; allí se detiene, pudiera decirse; y hasta en su prurito de fundador de una especie de *Orden tercera* á la moderna, su originalidad se limita á lo accidental y se queda en relaciones de un orden práctico, utilitario pudiera decirse.

Grandísimo talento ha demostrado Galdós al desenvolver este carácter, y con lógica de gran artista le sigue hasta el último momento. Pero así como en la historia de muchos de esos santos activos que han fundado Órdenes, ó cosa semejante, lo principal es la historia de sus obras, de sus fundaciones, así, siendo Guerra quien es, su novela te-

nia que consistir principalmente en la historia de sus cigarrales convertidos en asilo. De hombres como Guerra no queda un recuerdo místico, una estela de piedad lírica: queda una obra pía. Galdós, como los demás novelistas de su clase, la de los insignes, ha visto toda la verdad histórica de un personaje.

El revolucionario del 19 de Septiembre, el que quiere ante todo *actos*, aun en el momento menos propicio, tiene que ser el *converso* también activo y práctico, y hasta pudiera decirse *político*. Es de la madera de los reformadores, todo lo contrario de los *dilettanti*; ve lo que ve, y no ve más; pero quiere que los demás lo vean, y, sobre todo, que *lo hagan*; la sociedad es para ellos, en vez de un terrible misterio que por lo complejo asusta, lo que el infeliz conejo para el fisiólogo; experimentan en sí mismos, y experimentan en el prójimo. Angel Guerra, al *devolverse* al catolicismo, quiere llegar á la más *práctica* consecuencia, y se dispone para entrar en el sacerdocio. Esto por lo que toca á su propia *reforma*; en lo que mira á sus relaciones *nuevas* con el prójimo, también va á lo práctico, á la caridad, y más que á ella misma, á sus obras, á sus resultados. Todos aquellos capítulos, tan hermosos, por cierto, de los Cigarrales, de los *interiores* humildes de Toledo, tienen por unidad y explicación esta nota del carácter de Guerra.

Hasta los episodios que llegan á cansar, pecan por algo que no es la impertinencia.

Si Galdós ha escrito libros más agradables, de más pasión y fuerza, tal vez no ha escrito ninguno de más rigor en el estudio de los caracteres. Hasta la poca psicología de Angel Guerra se debe á la *buena psicología*.

Esta misma observación profunda y exacta y rigorosa en la lógica que hay en el modo de presentar y conducir los principales personajes, se advierte en la mayor parte de los secundarios. D. Pito es admirable en su alcoholismo simpático; los Babeles, representantes del hampa de levita, están hablando... y *robando*. Pero todavía merece más elogios el clero catedral y parroquial que anda por el Toledo de Pérez Galdós con la misma vida y fuerza de realidad que los curas y canónigos de Balzac andan por Tours, y los de Zola por Plasanss. Fernando Fabre en Francia y Eça de Queiros en Portugal nos han ofrecido abundante, pintoresca y muy bien estudiada colección de tipos clericales; pero cabe decir que Galdós en *Angel Guerra* los iguala en mucho y tal vez los aventaja en *verdad*, imparcialidad y en los *matices* del bien y el mal que se puede ver en la *clase*.

De otros géneros de excelencias que abundan en la novela, ya no es tiempo de hablar después de haber escrito tanto. Pero concluyo, aunque sea

un *ritornello*, diciendo que con valer muchísimo *Angel Guerra*, creo que no será de las obras de Galdós que más enamoren al público *grande*; y esto por culpas que pudieran llamarse accidentales; las más, en rigor, *cuantitativas*.



REVISTA LITERARIA

Resumen. — Cuentas atrasadas. — D. Manuel Cañete. — Salones literarios. — Libros nuevos y libros futuros.

HABÍA ofrecido á los lectores de *El Imparcial* hablar en esta revista de las últimas novelas publicadas por D. José Pereda y D. Armando Palacio; mas considerando que estos artículos deben tener cierta *actualidad*, aunque no sea la que necesitan la noticia diaria, la crónica semanal y otros semejantes trabajos periodísticos, prefiero aplazar el examen de dichas obras, puestas á la venta hace ya medio año, para el día en que vuelvan á ser asunto del momento por motivo de relación con nuevos libros de los mismos autores. De Pereda nada sé concretamente en cuanto á su próxima obra; no hago más que esperar y desear que no tarde en salir á luz algún nuevo fruto de este peregrino y castizo ingenio. De Palacio sé que den-